

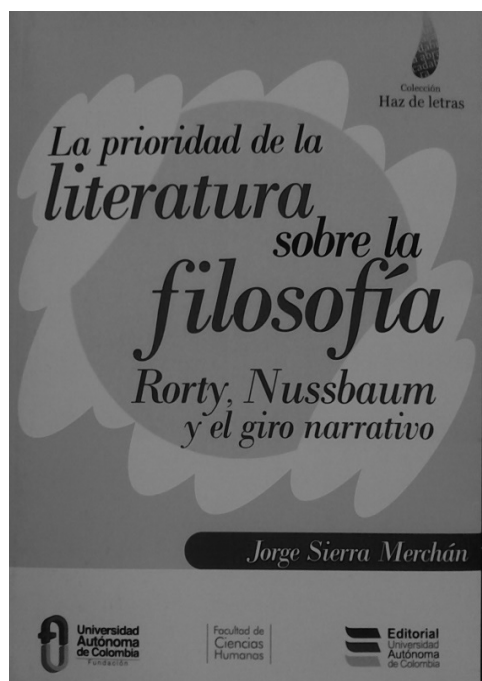
Reseña

La prioridad de la literatura sobre la filosofía. Rorty, Nussbaum y el giro narrativo

Jorge Sierra Merchán

Editorial: Universidad Autónoma de Colombia

Año: 2015, Bogotá, Colombia, 83 páginas



¿Es la filosofía el fundamento lógico de todas las ciencias? Es decir ¿está el discurso filosófico por encima de otros discursos, tal como la literatura, el discurso religioso y político? Durante la primera mitad del siglo XX, la imagen de la filosofía era ésta, pues se la entendió como el discurso fundante de toda ciencia posible, ya que esta podía acceder a los fundamentos de una realidad que solo ella podía describir con precisión. La filosofía entonces se convirtió en una forma de discurso privilegiado y por ello encima de cualquier otra forma de discurso “mundano” como la literatura, la política e incluso la misma metafísica de su tiempo.

Esta imagen nació a finales del siglo XIX y principios del XX con el llamado “giro lingüístico”, donde la filosofía dejaba de lado la especulación metafísica del idealismo alemán, para adoptar un método positivista y un nuevo enfoque en el análisis del lenguaje como el medio ideal para establecer la relación entre la realidad y las palabras, buscando así un fundamento último de ésta. Autores

como Frege, Russell y Wittgenstein iniciaron esta nueva forma de hacer filosofía, pues sus análisis se centraban, tanto en la relación lenguaje-pensamiento y lenguaje-realidad, como en el desarrollo de la lógica proposicional, llegando a la conclusión de que cada partícula del lenguaje lógico representaba, sin duda, una partícula de la realidad. La teoría isomórfica del lenguaje y la realidad de Wittgenstein expuesta en el *Tractatus Logico-philosophicus*, así como los *Principia mathematica* de Russell y Whitehead eran parte de los desarrollos reduccionistas, pues se intentaba mostrar que todo discurso posible, incluso la realidad dada, podría ser capturada por las proposiciones de la lógica. Estos esfuerzos, si bien tuvieron algunos tropiezos, fueron la base para el positivismo lógico desarrollado por el círculo de Viena. Pensadores como Carnap, Ayer, Schlick, entre otros, desarrollaron una concepción de la filosofía estrictamente positivista. Ésta, argumentan, es la encargada clasificar qué discurso es científico y cuál no, esto a partir de su criterio de verificación, donde lo científico se restringe a lo empíricamente

verificable. Para ello, debe haber una realidad última que sea la base de toda verificación posible, y esto es logrado a partir del desarrollo de la lógica, pues, y siguiendo la intuición de Wittgenstein, si se encuentran los principios lógicos de nuestro lenguaje, si se encuentran las proposiciones últimas y fundamentales, éstas serán a su vez, los fundamentos de la realidad misma. A esta posición se le conoce como *atomismo lógico*.

Siendo la filosofía del lenguaje y la lógica la que verifica que un discurso sea o no científico, se le concebirá como un discurso que está por encima de cualquier otro, incluso de otras ramas de la filosofía, pues tal y como lo expresan los integrantes del círculo de Viena, filosofías como las Heidegger y el existencialismo francés, no son más que pseudo-proposiciones sin sentido alguno, que deben ser olvidadas para volver a la verdad labor de la filosofía como discurso último.

Sin embargo, esta forma de concebir la filosofía se empezó a desmoronar a mediados del siglo XX, pues sus tesis eran insostenibles, y de esto no solo se dieron cuenta sus mismos creadores, ya que los argumentos en contra de esta forma de hacer filosofía venían desde diferentes puntos de vista, aquí mencionaré algunos. El primero es el ataque del mismo Wittgenstein en sus *investigaciones filosóficas* mostrando que no puede haber una única realidad que se relacione directamente con el lenguaje, pues el lenguaje es diverso, hay infinidad de combinaciones y juegos posibles, hay diferentes totalidades. Por ello, la lógica no refleja una realidad última, pues es tan solo uno de los muchos juegos que se pueden configurar en el lenguaje. Por otro lado, la crítica de Sellars, al mito de lo dado muestra que algo como una realidad “dada” que es capturada por la lógica no es posible, pues se pierde el vínculo justificatorio entre la mente y el mundo. Por último, la crítica de Davidson al tercer dogma del empirismo o el dualismo “esquema contenido”, muestra que no hay una realidad última que el esquema conceptual capture. Por ello, si no hay realidad última, tampoco habrá un “contenido” que capturar.

La filosofía de Richard Rorty nace de estos esfuerzos por criticar la filosofía del lenguaje tradicional, y alimentándose de los anteriores críticos, genera una filosofía novedosa, donde no se necesitará de universalidad, ni fundamento último de la realidad. La consecuencia más visible sin duda es que, si no hay realidad última que captura la filosofía, ella será entonces un discurso más, un discurso que tiene el mismo nivel de la literatura o la política.

Es así que el profesor Jorge Sierra recoge en este libro los aspectos más importantes de la filosofía de Richard Rorty, todo bajo el marco de la crítica de la filosofía del lenguaje tradicional. En el primer capítulo se muestra con detalle la crítica de Davidson y la dificultad de los argumentos trascendentales de la ética del discurso de Apel. En el segundo capítulo se recoge la consecuencia epistemológica de la crítica a lo dado, esto es: plantear una política que no tenga una verdad como fundamento, lo que abre el espacio para la diversidad y el liberalismo. Por último en el capítulo tres y en el apéndice se argumenta que una vez derribada la concepción filosófica positivista, y por ello, siendo la filosofía un discurso más y no el discurso fundador de los otros, no se podría trazar, de manera no arbitraria, la distinción entre filosofía y literatura, abriendo la pregunta de si es la filosofía un género literario más o es otra forma de discurso.

La tesis básica que se sostiene a lo largo del primer capítulo es que el lenguaje es un fenómeno contingente, esto es, que podría ser de otra manera y que su aparición es estrictamente histórica, esto contrario a quienes afirman que hay principios trascendentales o a priori que fundamentan todo lenguaje posible. Aquellos que sostenían los principios a priori del lenguaje lo hacían argumentando la fijación necesaria que existía entre el lenguaje y una realidad dada. Dicho anclaje puede ser traducido a principios trascendentales que hacen posible cualquier lenguaje y por ello cualquier traducción entre múltiples lenguajes. Si bien esta concepción se ha modificado, tanto Habermas, como Apel, sostienen que hay principios a priori para todo lenguaje y es este componente el que permite la traducción entre diferentes lenguajes. Solo que esta vez el componente trascendental no será la fijación a la realidad sino las condiciones semánticas. Frente a estos argumentos Davidson sostiene que, por un lado, dicho anclaje a la realidad no es más que un mito, pues aceptando dicha realidad dada se rompe la red de creencias justificadas por una instancia que no está justificada, en este caso, lo dado. Es por ello que, para Davidson, parece difícil pensar que “lo dado” sea fuente de justificación de las creencias y borrándolo como fuente de justificación última, se borra también el esquema conceptual que capturaba la parcialidad de lo dado. De esto resulta que ningún lenguaje está anclado a una realidad, eliminando así el relativismo cultural vigente en ese entonces, sino que estos son un conjunto de creencias verdaderas que forman una red coherente.

Ahora la traducción de un lenguaje a otro no será tarea imposible o inconmensurable, como lo suponen los relativistas, sino que para esto, debo suponer que el lenguaje del otro es también una serie coherente de creencias, y si lo es, es porque el hablante asume que la mayoría de sus creencias son verdaderas, es así que, al momento de traducir, debo suponer la verdad de lo que me dice el otro, pues detrás de la verdad está la red coherente de creencias de cada sujeto. A esto lo llama Davidson, principio de caridad. Comprender al otro depende de la teoría momentánea del significado, que parte de la presuposición de verdad. Por otro lado, frente a la semántica trascendental, crítica hecha a Davidson, sostiene Rorty que estas condiciones trascendentales son difíciles de sostener, pues siempre se caerá en una falacia *ad infinitum* al intentar justificar estas entidades trascendentales y a-históricas. Además, dichas condiciones trascendentales serán fijadas arbitrariamente, pues no es posible encontrar un criterio último de selección. Esto deja a Habermas en una aporía, dando paso entonces a la tesis de la contingencia del lenguaje, admitiendo que tanto este, como las demás prácticas humanas, incluyendo la ética, son condicionadas por la historia de la humanidad y sus diferentes fases. Rorty reconoce esta contingencia y la llama el “giro narrativo” donde los discursos que en la modernidad se creían superiores a los demás, como la moral y la filosofía, pasan a ser formas de discurso que se desarrollan a la par con la historia de la humanidad, y también están expuestas a las transformaciones culturales. Esto finalmente da paso a la imaginación al momento de comprender al otro, asumiendo la verdad de sus oraciones. La verdad como construcción dialógica abre el camino no solo para una nueva epistemología, también para una forma alternativa de concebir la ética y la política, que serán los temas centrales del segundo capítulo.

El segundo capítulo relaciona la filosofía, la literatura y la política. Una de las tesis más importantes en *La República* de Platón era la postulación de un filósofo rey, dicho filósofo es el indicado

para gobernar la nueva sociedad, pues este tenía el conocimiento pertinente no sólo de la política, también de la ética, pues conocía tanto la idea del bien, como las demás. Además, agrega Platón, se debía expulsar a los poetas de esta nueva sociedad, pues no quería que la misma se fundara en mitos irracionales que promovieran forma alguna de "inmoralidad". Para Rorty, detrás de esta idea del filósofo rey, está la idea de la verdad como fundamento último de cualquier instancia humana, sea epistémica, sea ética, sea política. Solo el que conoce la verdad, tendrá acceso a un conocimiento privilegiado de la realidad y por ello, tendrá el derecho a mandar sobre los demás. Para Rorty esta visión generó, en última instancia las políticas totalitarias del siglo XX y sociedades cerradas, donde solo existe una verdad. Ahora, con el derrumbe de lo dado, de esa realidad última en la cual se ancla toda verdad posible, ninguna política podrá fundamentarse ya en la búsqueda de una verdad última, ni habrá tampoco un personaje que cree tener la verdad en sus manos y así poder mandar sobre los demás.

Para Rorty, el que una sociedad se vuelva más tolerante y moralmente mejor, implica dejar del dogma de la verdad última y el mito del filósofo rey. El ideal no será más la utopía platónica, sino una utopía liberal, donde todas las personas, de las diferentes culturas puedan entrar en ella. Rorty le da la vuelta a Platón, pues su ideal de sociedad se fundamentará no en la verdad, sino en los sentimientos y no en la lógica racional, sino en la educación de estos sentimientos, haciendo crecer la empatía en todos sus habitantes, logrando así un mayor respeto hacia el otro. Ahora bien ¿cómo educar a las personas si se ha dejado de lado la lógica y la racionalidad? Para Rorty la educación debe ser sentimental, y es en este momento donde regresa el poeta excluido en la utopía platónica, pues la educación sentimental se basa en la sensibilización hacia el otro, hacia el excluido, hacia el homosexual, y esto se logra a través de las novelas. La literatura es capaz de generar solidaridad y empatía en las personas y en esta nueva utopía, donde la meta es la inclusión del excluido, el poeta y el escritor son incluso más importantes que el filósofo. Es así que se pasa del filósofo rey, como poseedor de la verdad última, al poeta que es capaz de educar en sentimientos. Para Rorty el arte y la literatura son claves en la construcción de la nueva sociedad, pues el mundo nunca no es dado de forma transparente, nunca accedemos a éste de forma directa, es por ello que existen las diferentes mediaciones artísticas que nos muestran al mundo como siendo de cierta manera para cada persona. Es por ello que el arte nos muestra la forma en que el otro concibe su mundo y cómo podemos entenderlo a partir de éste, generando entonces una sociedad más tolerante e incluyente.

Por último, el capítulo tres se centra en la demarcación entre filosofía y literatura. Tal como mencioné en párrafos anteriores, a principios del siglo XX se concebía a la filosofía como un discurso superior que fundamentaba a los otros discursos, incluyendo la literatura, pues la filosofía buscaba y se anclaba en una realidad última, mientras que la literatura era tan solo la expresión de las emociones del escritor, pero no tenía ninguna pretensión de verdad última o anclaje con la realidad. Es por ello que el positivismo de principios del siglo XX clasificaba a la literatura e incluso a partes mismas de la filosofía, como un discurso sin sentido, pues no se ajustaba al mundo, eran básicamente ficciones. Pero ahora, una vez dejado el mito de lo dado, ¿es la literatura una forma de conocimiento? En principio se tiene que aceptar que lo es, pues conocimiento ya no es la búsqueda por un fundamento último,

sino las diferentes formas en que interpretamos no solo nuestro mundo, también a la otra persona. Ahora bien, siendo la literatura una forma de conocimiento ¿qué clase de conocimiento es? Para Rorty, la novela es conocimiento práctico, es un conocimiento que permite crear nuevas creencias y justificarlas. El conocimiento que brinda la literatura, a diferencia del conocimiento científico e histórico, amplía nuestro campo moral, pues en el ejercicio de comprensión de la novela, se aprende estar en los zapatos del otro, del excluido, y llegar a sentir empatía hacia él. La novela es una forma de experimento mental que expande nuestro campo moral.

Ahora bien, para Rorty la filosofía es también parte de la literatura, siendo esta un género más que se caracteriza por su estilo. Para Rorty el estilo con el que se escribe filosofía configura parte de su contenido, esto en oposición a la tradición filosófica que la considera un género superior que fundamentaba los otros. Para Rorty la filosofía es un discurso contextual, donde la verdad es parte una construcción social y lingüística. Este contextualismo de Rorty es atacado por Nussbaum, quien defiende una forma de realismo interno e intentar así, salvar la noción de verdad y objetividad. Sin embargo su discurso tiene argumentos débiles que el autor del libro muestra, dejando así a Nussbaum en una aparente contradicción entre realismo interno y la diferencia entre forma y contenido. El autor entonces defiende el contextualismo, y la filosofía como narrativa que sostiene Rorty, donde todo discurso es ficción, pues ninguno está atado a una noción inteligible de verdad, pero su diferencia radica en las diferentes valoraciones sociales. Incluso la filosofía no demuestra nada, sino que, a lo sumo, es una serie de argumentos plausibles, que tienen un trasfondo retórico.

Finalmente me parece que el libro es muy bueno en tanto posiciona al lector, bien sea preparado como inexperto en los debates contemporáneos de la filosofía. Ofrece un panorama general de los diferentes problemas que un solo tópico genera. Además, hay reconstrucciones juiciosas de los argumentos y una amplia bibliografía para aquél que quiera profundizar en estos temas. Por último, me parece que prepara al lector para los debates contemporáneos así como las réplicas que se la han hecho a la filosofía de Rorty. Una vez entendidos los argumentos de Rorty, se pueden entender, con mayor facilidad, las réplicas de la ética del discurso de K.O. Apel y Adela Cortina por ejemplo, o de la filosofía de la liberación de Enrique Dussel. También de los pensadores “posmodernos” y por último los argumentos epistémicos contra Davidson que brinda McDowell.

JOHAN SEBASTIÁN MAYORGA

Filosofía
Universidad Autónoma de Colombia